

# HOLANDA, VISTA CON PRISA

por Ignacio Martín-Baró

Recientemente he tenido que recorrer, de norte a sur, Holanda a lomos de un pequeño coche utilitario. Con prisa —lo que, por desgracia, no deja de ser una vulgar necesidad. Y, a pesar de las magníficas autopistas holandesas, el 120 del velocímetro no me permitía tranquilizarme del todo. Mi padre hubiera dicho: «No seáis majaderos; contemplad el paisaje.» Pero mi amigo el conductor, vasco, de calva patriarcal y que habla demasiado alto (como la mayoría de los españoles), no estaba precisamente como para pensar en paisajes.

La prisa fue la culpable de que apenas pudiera entrever la elegancia de Amsterdam. La prisa y la lluvia, todo hay que decirlo. Aunque, en el fondo, Amsterdam sin lluvia es algo así como Málaga sin sol. Amplias avenidas, de color gris metálico; el collar sucesivo de canales y puentes encorvados. Botas para la lluvia, minifaldas invernales, transeúntes con pipa. Todo va pasando tras la ventanilla de nuestro VW, como un racimo de impresiones en duermevela.

A Holanda, vista con prisa, la calificaría yo de una elegancia exacta. Holanda, país bajo y país llano, es algo así como Castilla, pero en verde. ¡Maravillosos prados los holandeses! Se diría que en ellos se deposita un cuidado meticuloso, hasta artístico, si ustedes quieren. Nada de vallas descuidadas; nada de malezas ariscas. Todo está medido —jugosamente medido— como el jardín de un inglés. Entre prado y prado, fábricas luminosas, limpias.

El holandés cultiva una arquitectura moderna, pero sin estridencias. En este país, en el que no sobra una brizna

de terreno, el gigantismo no se ha comido a la naturaleza. Así, las ciudades —las pequeñas ciudades holandesas— son un encuentro afortunado de funcionalidad y tradición. Lo moderno y lo antiguo se juntan con limpieza, sin contrastes llamativos que hieran la vista. La típica edificación flamenca —como un libro coloreado a medio cerrar— se desliza hacia líneas más horizontales, esbozadoras de un «comfort» actual. Y siempre la limpieza, esa claridad meridiana que esponja la contemplación. En este horizonte no pueden desentonar los típicos molinos de viento —que se empleaban, según tengo entendido, no para moler, sino para regar—. Molinos con solera, parientes lejanos de nuestros molinos quijotescos, fondo imprescindible de carteles para el turismo. (Anoto entre paréntesis, por si acaso, la unión en mi espíritu entre estos molinos y la pintura flamenca, artistas cuyo nombre empieza casi invariablemente por Van.)

Si la estructura arquitectónica de Holanda es una fusión de antiguo y moderno, el holandés es como un eslabón viviente entre el inglés y el alemán. Junta la seriedad y tesón teutones con la aristocracia británica. Su mismo idioma patentiza la unión entre estas dos culturas y, a quien no lo conoce, tan pronto le suena a inglés como a alemán. Claro que el holandés —por necesidad de fronteras— es poliglota, y raro es quien no habla el inglés, el alemán o el francés. A veces, un poco de todos, lo que no deja de ser una estupenda ayuda para el visitante. Mi amigo, el vasco de quien antes hablaba y que lleva ya un par de años en Holanda, se dirigía a la gente en inglés con toda na-

turalidad. Ante mi extrañeza interrogante, me explicó: «Sí, hombre. Ellos saben más inglés que yo holandés. Y, a estas alturas, no estamos ya como para aprender estos idiomas.» Anoto que mi amigo, investigador electrónico en la Universidad de Eindhoven, está aprendiendo ruso... por necesidades técnicas.

No puedo terminar esta rápida visión de Holanda sin mencionar la bicicleta. Por que en Holanda la bicicleta es el vehículo nacional. Toda calle, toda carretera, tiene una vía especial para las bicicletas. En la bicicleta se unen todas las clases sociales, y si la salida de las fábricas constituye una auténtica explosión ciclista, no es raro encontrar en ella al simple peón junto al ingeniero,

ambos a lomos de su «burra». Hasta algunos profesores de Universidad usan la bicicleta para ir a sus clases, sin que por ello sientan mermar su prestigio o categoría. No trato de hacer sugerencias, pero creo que muchos de nuestros problemas de tráfico se solucionarían si, en vez de usar el coche para ir de una esquina a otra, empleáramos también nosotros una simple bicicleta.

Los concedores me dirán, con razón, que Holanda es mucho más que todo esto. De acuerdo. Pero también estarán ustedes de acuerdo en que a 120 por hora no hay tiempo para mucho más. Lo que abona la tesis de mi padre de que la velocidad no deja de ser una «necesaria» majadería.

Diario Regional  
31 - Octubre - 1968